

Cartografía genealógica de las “narrativas del malestar”: El Chile de la transición entre 1990-1998*

Genealogical cartography of the “narratives of discomfort”: Chile during the transition between 1990-1998

Cristina Moyano Barahona**

Resumen

Este artículo recorre, desde la historia intelectual, el conjunto de narrativas críticas de la transición chilena, durante la década de los 90. Explorando diversos textos, soportes, debates y autores, conforma una cartografía genealógica del primer conjunto de críticas que circularon en el espacio público y que fueron soporte de un imaginario que colaborará con la erosión del relato del tiempo histórico de la “transición y consolidación democrática”, instalado por la elite intelectual de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Palabras claves: Narrativas, Transición a la Democracia, Historia intelectual, imaginarios sociales, ensayos políticos-sociales.

Abstract

This article approaches, from an intellectual history point of view, the set of critical narratives of the Chilean transition during the 1990s. By exploring various texts, supports, debates, and authors, it shapes a genealogical cartography of the first set of criticisms that circulated in the public space and that were the support of an imaginary that will collaborate with the erosion of the historical time’s story of the “transition and democratic consolidation”, installed by the intellectual elite of the Concertation of Parties for Democracy.

Keywords: Narratives, Transition to democracy, Intellectual history, Social imaginaries, Political and social essays.

Recibido: diciembre 2020

Aceptado: abril 2021

* Resultados del proyecto Fondecyt N° 1190059.

** Doctora en Historia, Académica Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4517-2688>. Correo electrónico cristina.moyano@usach.cl.

Introducción

Una cartografía, como el arte de trazar los mapas de un espacio geográfico, sirve como metáfora para dibujar las formas, los sujetos, los conceptos y los desplazamientos que en el ‘territorio intelectual chileno’, tuvo una narrativa configurada durante los primeros ocho años de transición a la democracia: las narrativas del malestar. Ocupamos la metáfora de la cartografía porque entendemos que ella no implica solo una descripción, sino que su trazo, su dibujo, sus deslindes y la óptica también inciden en la forma en cómo se percibe ese territorio delineado.

Con ‘narrativas del malestar’, en particular, nos referimos al conjunto de relatos interpretativos de la sociedad chilena, producidos mayoritariamente por científicos sociales, filósofos e historiadores, que pusieron en entredicho la transición y sus logros. Estas narrativas configuraron sentidos críticos respecto de la modernidad, la modernización y cómo aquellos procesos se imbricaban en un tiempo político particular, que fue extendiéndose más allá de los contornos bosquejados por los transitólogos de los años 80. Estas narrativas participaron de la extensión del tiempo de la transición, porque la extensión de “ese presente” era clave para la configuración del futuro. De manera que, si no se había transitado totalmente a la democracia, entonces el futuro quedaba abierto a disputas sobre los contenidos de la misma y de la democratización, dotando de nuevos sentidos a las luchas políticas.

En un sentido más historiográfico, este texto viene a poner en tensión dos argumentos que durante mucho tiempo formaron parte del sentido común de las elites políticas de nuestro país: 1. Que los años 90 fueron parte de una época de consolidación del crecimiento económico, que permitió reducir la pobreza y, en parte, las altas brechas de desigualdad existentes, generando con ello una disminución de la ‘conflictividad social’ y, 2. Que en la misma década, la política de los acuerdos y la prevalencia de los consensos, articularon un escenario propicio para construir el ‘mito de la transición ejemplar’, cuya finalización implicaba redefinir los ejes por los que se lograría combinar el futuro de la modernidad y los éxitos de la modernización capitalista. En suma, durante los años noventa habría existido poco espacio para producir críticas a la transición. Todo parecía ir bien y, por ende, el malestar solo podía ser una cuestión de las elites intelectuales, aquellas que “prefieren las crisis a la normalidad”¹ porque “Chile es un país que discute banalidades. Los intelectuales que antes criticaban el sistema, hoy lo administran y los que contribuyeron a refundarlo, hoy gozan de sus beneficios de la actividad empresarial”².

Sin embargo, fue en ese escenario definido como de ‘normalidad’, de ‘crecimiento económico’ con políticas sociales redistributivas, consenso, realismo político y pragmatismo,

¹ Tironi, Eugenio. 1999. *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*, Santiago, Grijalbo, p.130.

² “Los intelectuales han muerto. ¡Vivan los intelectuales!” en *Página Abierta*, agosto-septiembre 1992. Citado en Pinedo, Javier. 2018. *Debates intelectuales. Estudios sobre historia de las ideas, pensamientos políticos, cultura*, Santiago, Ariadna Ediciones, p. 245.

donde se gestaron estas ‘narrativas del malestar’. Allí se fueron sembrando las semillas de un tipo de producción intelectual que fue minando, lenta pero intensamente, la hegemonía política de las elites de la transición. Haciendo un parangón con lo planteado por Robert Darnton, esta literatura crítica fue moldeando “la opinión pública en dos sentidos: al fijar en la letra impresa el descontento (preservando y difundiendo la palabra) y al acomodarla en el interior de una narración (transformando las conversaciones sueltas en un discurso coherente)”³.

Metodológicamente, este artículo tomó elementos de la historia intelectual, trabajando con autores, libros y ensayos, poniendo énfasis tanto en los contenidos, como en las redes, las escrituras cruzadas y la sociabilidad intelectual, desde donde fue difundiéndose hacia otros espacios. Así, no resulta irrelevante indagar en las huellas de seminarios, de reseñas de libros o bien de promoción de editoriales, porque aquello es un camino para restituir los debates de la ‘polis figurada’ y quienes participaron de ella.

Lo central ha sido recuperar una literatura particular, los ensayos político sociales, que apoyada en un entramado productivo distinto al científico-académico, se encuentra más “asociado a procesos de construcción de sentido, [...] a la elaboración de discursos de legitimación o crítica social, alimentando las autodescripciones y descripciones sobre la sociedad que sostienen movimientos sociales, instituciones y otros agentes colectivos”⁴. Lo anterior, como parte de un complejo proceso de atribución de sentido a la realidad, no ocurre:

“sacando conjeturas del fondo de nuestras almas y proyectándolas a nuestro alrededor, sino más bien acomodando estas percepciones en marcos. Los marcos que tomamos de nuestra cultura, debido a que la realidad tal y como la experimentamos es una construcción social. Nuestro mundo viene organizado: dividido en categorías, moldeado por las convenciones y coloreado por las emociones compartidas. Siempre que nos encontramos con algo significativo, lo acomodamos en un orden cognitivo que heredamos de nuestra cultura; y con frecuencia lo ponemos en palabras. De ahí que los significados, como el lenguaje, sean sociales, sin importar la inflexión individual que les queramos dar. Al crear significados, nos involucramos en una actividad profundamente social, en especial cuando leemos”⁵.

Y aunque no podamos probar la performatividad directa que esas lecturas generaron sobre las críticas a la transición y al modelo neoliberal, igual nos resulta sugerente resaltar la dimensión pragmática de las ciencias sociales (en perspectiva ampliada), lo que implica

³ Darnton, Robert. 2008. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 288.

⁴ Ramos, Claudio. 2014. “Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social”, en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, N°66, vol. 21, septiembre-diciembre, Toluca, p. 153.

⁵ Darnton, Robert. 2008. *Los best sellers prohibidos*, pp. 280-281.

conceder que los modelos, interpretaciones y teorías, emanadas de los dispositivos científicos, pueden generar pautas de acción y orientación de conductas de los sujetos, contribuyendo a la producción de sentidos sociales compartidos y, por ende, colaborando a la construcción de la realidad social. La reemergencia de movimientos sociales, con alta resonancia mediática, como el de los estudiantes secundarios en el 2005-2006 y de los universitarios en el 2011-2012, son un ejemplo de cómo esas narrativas colaboraron a una crítica a la transición a la democracia, cuyo origen histórico se situaba en los confines de una dictadura que se negaba a desaparecer, tiñendo los contenidos de la experiencia democrática. Los estudiantes movilizados expresaron a través de diversas consignas el querer terminar con el ‘Chile Actual’⁶, para dar paso a otro momento histórico, uno en el que los “imaginarios de lo posible” no estuvieran atados a los miedos, conflictos, responsabilidades y culpas de los años 70. En el 2012, los movimientos sociales estudiantiles, de No + AFP, ambientalistas, feministas y otros, habían puesto ‘fin a la transición’, trasmutando sus demandas con otros sentidos del tiempo histórico. Sin embargo, esto no será materia de este artículo, por encontrarse fuera del objetivo específico del mismo, aunque sí forma parte de los temas que aborda el proyecto de investigación en el que se inscribe. De igual forma, es importante resaltar que el 18-O chileno, denominado como estallido, revuelta o desborde, volvió a politizar el tiempo histórico en la consigna más significativa del proceso: ‘No son 30 pesos, son 30 años’, remitiéndonos de forma inmediata al año 1988, que es cuando se inicia el proceso transicional en el sentido más clásico de la transitología.

Con todo, queremos hacer una advertencia, a propósito del párrafo previo: no es posible establecer una influencia directa o unicausal entre la emergencia de nuevos movimientos sociales, que asumen contenidos de relatos provenientes de las ciencias sociales, iterados desde distintos espacios y plataformas, y cuyos canales de circulación o difusión no son los propios del mundo intelectual o académico, a modo de atribuirles el gatillar una revuelta, una demanda colectiva o una movilización social; pero si es posible distinguir que muchos de los contenidos que se enarbolaron en la escena pública entre el 2005-2012, estaban presentes en las agendas de quienes se plantearon como críticos del presente y de la transición nunca acabada. Casos como el de Tomás Moulian y su red asociada al Partido Comunista y, más tarde a Revolución Democrática, son un ejemplo donde es más fácil establecer dicho vínculo, al igual como ocurre con Gabriel Salazar o Carlos Ruiz, pero en otros casos, en cambio, esos rastros suelen ser más difusos.

⁶ Concepto acuñado por Tomás Moulian en 1998 y que se transformó en una categoría de análisis para la comprensión de la transición a la democracia en Chile.

Consideraciones teóricas sobre las narrativas

Es importante indicar que cuando hablamos de ‘narrativas del malestar’, nos estamos refiriendo a un conjunto de relatos que, en forma de ensayos, circularon en el espacio público, y que emanaron de científicos sociales que previamente habían realizado estudios sobre los procesos políticos sociales chilenos.

La forma del ensayo, como estructura textual y de comunicación, permite cuestiones distintas a los objetivos que persiguen los libros con resultados de investigación o los artículos científicos que circulan en revistas de y para expertos. En primer lugar, configuran una narrativa que permite que se entremezclen las opiniones del autor, con datos provenientes de distintas investigaciones o tesis de autores con marcada autoridad intelectual, en conjunto con generar un relato coherente que entrega sentido a un cúmulo de ‘realidades’ sueltas, que al ser agrupadas permiten ser comprendidas como un todo cerrado, omnicomprendivo y fácilmente iterable.

Estos ensayos sociopolíticos, usan el saber científico “como herramienta para la reflexividad social a fin de dar cuenta de los procesos sociales, de las nuevas configuraciones colectivas, de las transformaciones históricas, de los problemas o desafíos colectivos. [...] Son narrativas o relatos con perfiles discernibles y con capacidad para ‘desplazarse’ y ‘circular’, vía cadenas de traducciones –cada iteración es una traducción, y también una alteración, aunque sea mínima–”⁷, que libera al autor del texto y a su lector en una dimensión unidireccional.

Estas narrativas pueden ser: a) de carácter validante para las acciones del Estado operando en la esfera positiva de la gubernamentalidad o bien, b) pueden resistirse a ellas, comportarse como antagónicas al Estado y sus gobernantes, pudiendo operar como fuerzas de resistencia y de lucha, asumiendo “deliberadamente ser un factor de intervención sobre la realidad social y de modificación de ella”⁸.

En cualquiera de los casos, estos relatos “circulan dentro de la red compleja de acciones de los partidos políticos, organismos del Estado y sociedad civil; aparecen en la esfera pública constituida por los medios masivos de comunicación; emergen en las conversaciones de la vida cotidiana”⁹ y, desde allí, permiten darle forma significativa y semántica a experiencias de la realidad que aparecen como problemáticas, fuentes de malestar o inquietud.

Un elemento distintivo de una narrativa sociopolítica en forma de ensayo es que, a diferencia de la escritura académica propia de la ciencia, su forma de ‘decir’ o de afirmar, no aparece como hipótesis a comprobar, sino que, como constatación en forma fáctica,

⁷ Ramos, Claudio. 2014. *Datos y relatos de la ciencia social*, p. 164.

⁸ *Ibíd.*, p. 165.

⁹ Ramos, Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad. Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: obra, redes de producción y efectos (1965-2018)*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, p. 30.

configurando así ‘mapas mentales’, como los denominaba Norbert Lechner, que canalizan emociones y permite “ahorros cognitivos” al ‘ordenar’ la multiplicidad de la vida social.

En suma, se evalúan en su capacidad para conectarse con reflexiones, que, circulando en el espacio de lo público, se reúnen en un texto y bajo la pluma autorizada de un autor reconocido, permiten generar sentidos, referencias y pautas de acción individual y hasta colectiva. Tal como plantea Pedro Güell:

“Los relatos o narrativas sobre lo que llamamos sociedad nos sitúan en un espacio social, con subdivisiones reconocibles, poblado de entidades ontológicamente identificables y estables, con determinadas relaciones entre ellas, y en el que toman lugar determinados procesos. Tales procesos ocurren desplegándose en una dimensión temporal que el relato traza, delimitando un pasado relevante y proyectándose hacia diferentes formas de futuros posibles”¹⁰.

Estas narrativas colaboraron además en la construcción del tiempo histórico y de la noción social y cultural que da sentido al pasado. En concordancia:

“[el] valor del pasado, las características del presente, la forma deseable del futuro y la manera de transitar de aquél a éste, han contribuido a construir y legitimar la organización de las relaciones sociales. Sin duda los relatos públicos y políticos sobre el transcurso del tiempo no son el único material ni tal vez el más importante, pero es uno indispensable en la compleja trama de la organización social. Por esta razón, cuando fallan en su capacidad para dotar de sentidos creíbles a la marcha temporal de la sociedad, se crean algunas incertidumbres, pérdidas de confianza y potenciales trastornos en las relaciones sociales, del mismo modo que se alteran algunos recursos simbólicos que definen la distribución del poder”¹¹.

En este artículo no abordaremos la narrativa hegemónica, aquella que Güell define como el “relato de la transición y consolidación de la democracia”¹², que “logró captar las incertidumbres dispersas a lo largo y ancho de la sociedad respecto del sentido de los cambios venideros, cohesionó transversalmente las élites del poder, propuso sentidos que permitieron articular las trayectorias individuales con las instituciones de la sociedad”¹³. La opción por este otro tipo de narrativa ensayística fue política y también cultural, ya que buscamos resaltar precisamente la visión contra hegemónica, aquella que fue minando la que resalta el sociólogo

¹⁰ Güell, Pedro. 2009. “En Chile el futuro se hizo pasado: ¿Y ahora cuál futuro?”, en VV.AA, *El Chile que viene. De dónde venimos, Dónde estamos y a dónde vamos*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, p. 22. Citado por Ramos Z., Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad*, p. 32.

¹¹ Güell, Pedro. 2009. “En Chile el futuro se hizo pasado”, p. 18.

¹² Ídem.

¹³ Ídem.

antes mencionado. Esas narrativas también dan cuenta de un clima cultural continental, contenidas en escrituras diseminadas en una América Latina que experimentaba transiciones a la democracia, a la par que se impregnaba del debate en torno a la posmodernidad en espacios distintos al primer mundo. Las escrituras de Alejandro Piscitelli, Fernando Calderón, Amando Silva, Aníbal Quijano, Héctor Schmucler, Martín Hopenhayn, Néstor García Canclini, Elena Abramo, Nicolás Casullo, Ángel Quintero, Abelardo Sánchez de León, Adolfo Sánchez y Nelly Richard, se reunieron para compartir formas particulares de narrar y desmontar nuestra particular modernidad. El espacio clave fue el Seminario transdisciplinario de “Estética y Sociedad” convocado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) de Buenos Aires, el cual contó con el patrocinio del Instituto de Estudios Internacionales (ILET) de Argentina y Chile y que se realizó en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso entre el 7 y 9 de abril de 1990. En él se planteó la necesidad de “exploración de un nuevo corpus textual latinoamericano que, desde el cruce entre investigadores y ensayistas, entre teoría social y crítica estética y cultural, ‘lograra reinterpretar el presente y anticipar futuros’ de los que el lenguaje de las ciencias sociales ‘en cuanto lenguaje de prestigio para la interpretación de lo real a partir de los últimos 50 años’ no parece ya dar cuenta”¹⁴.

En ese sentido, estas narrativas sociopolíticas que circularon en los años 90, no solo vinieron a tratar de hacer comprensivo el paso de un régimen dictatorial a otro democrático formal en nuestro país, sino que también organizaron los horizontes temporales para disputar el presente de un espacio más amplio como lo fue el latinoamericano, en particular para los intelectuales de izquierda, quienes se vieron en la obligación de redefinir un nosotros, cuando ‘ellos’, los ‘otros’, desaparecieron de la sencilla polaridad que permitían las dictaduras. Según Beatriz Sarlo:

“Desde esa perspectiva, podríamos decir solamente que la democracia es la condición sin la cual un proceso de cambio arriesga los mismos objetivos que dice perseguir. Pero que esos cambios que imaginamos deseables, porque parecen corresponder a una idea de sociedad más justa, encuentran obstáculos poderosos que la democracia, concebida dentro de las líneas estrechas con que hoy funcionan en Argentina, no puede resolver”¹⁵.

Esa descripción bastante ‘decepcionante’ de la democracia que había retornado, cruza las narrativas del malestar desde México hasta Chile. Por ello, la autora argentina, así como varios otros intelectuales, ya insinuaban su escepticismo y un realismo poco entusiasta al reconocer que “quizás uno de los méritos de la democracia resida en su aspecto formal; ella hace posible

¹⁴ Casullo, Nicolás. 1990. “Fronteras disciplinarias y relatos de fronteras. El centinela y la prostituta. La poética en los subsuelos de la palabra”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°1, Santiago, p. 2.

¹⁵ Sarlo, Beatriz. 1990. “¿Qué cambios trajo para nosotros la democracia?”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°1, Santiago, p. 17.

la discusión y la transformación de los valores, por los cuales un ideal de sociedad futura parezca más deseable que su modalidad presente, sobre todo para aquellos que, en esta modalidad presente, viven las situaciones más injustas”¹⁶. El realismo político que impregnaba los procesos de transición, no se comparaba con el entusiasmo de la revolución de antaño, aunque tampoco se deseara su retorno.

Ese es el primer plano de esta cartografía del malestar. Una red interconectada donde recobran otros sentidos las discusiones que se hicieron en Chile, la última de las transiciones conosureñas y, por ende, a la que se miraba con distancia después de lo ocurrido en Brasil, Argentina y Uruguay.

En la cartografía que trazaremos a continuación pondremos especial atención a los detractores nacionales, a aquellos que posibilitaron las narrativas del malestar, que para muchos fueron relativamente marginales en sus efectos políticos en la larga década de los 90. Sin embargo, más que sus éxitos electorales (cuando tuvieron oportunidad de expresarse en esos términos), nos interesan en tanto configuraron, condensaron y transportaron un debate, una reflexión y una condición de sentido que también redefinió a los otros, a los ‘defensores’, que tal como expresó uno de ellos hacia fines de los años 90: “Muchos intelectuales advirtieron la falta de un objetivo, de una orientación, de un liderazgo, que diera sentido a una normalidad que, de lo contrario, se volvía fatigosa”¹⁷, generando que después “de diez años en el gobierno, parte de la dirigencia de la Concertación llegó a sentirse profundamente incómoda con su posición. Lo que deseaba, con fuerza ya irresistible, era reinstalarse en la oposición”¹⁸.

Si bien aquello no ocurrió hasta el triunfo de la derecha en 2010, bien vale la pena recorrer ese mapa de los malestares, que colaboraron a desmitificar la transición, construyendo el mito del ‘Chile Actual’.

Las narrativas del malestar: contenidos, autores, redes y espacios de difusión

El primer punto del mapa en esta cartografía, lo situaremos en la red que se estructuró en torno a la Universidad Arcis, la editorial LOM y CLACSO, tres entidades que durante todos los años 90 fueron produciendo un conjunto de reflexiones y de críticas a la transición, “diagnosticando” los malestares respecto de los efectos sociales, políticos, económicos y culturales del neoliberalismo, ahora administrado por la Concertación de Partidos por la Democracia. Uno de los centros de la crítica estuvo en el tipo de “modernización” que experimentaba el país, en momentos en que se caían los grandes referentes de alternativas al capitalismo globalizado y que se decretaba el fin de la historia.

¹⁶ Ídem.

¹⁷ Tironi, Eugenio, 1999. *La irrupción de las masas*, p. 130

¹⁸ Ídem.

La Universidad Arcis tuvo sus orígenes en el período dictatorial y se remonta a la creación del Instituto Superior de Ciencias Humanas, Comunicación y Diseño en 1982, cambiando su nombre en 1984 por el de Instituto Superior de Arte y Ciencias Sociales ARCIS. En él se aglutinaron científicos sociales, comunicadores y artistas (fotógrafos, diseñadores, publicistas) que intentaron articular un centro de estudios y de formación profesional, decididamente de oposición a la dictadura y en contrapunto con las casas de estudios tradicionales, de las cuales algunos habían sido exonerados políticamente. Muchos de sus académicos participaban activamente de ONGs que producían conocimiento a través de la investigación-acción y compartían la premisa de la necesidad de colaborar en la rearticulación de las sociabilidades populares, que permitieran producir un nuevo proyecto político popular emancipatorio y de izquierda¹⁹. El campo de las comunicaciones y nuevas formas de promoción de lo popular, encontraron allí nuevos bríos y nacieron organizaciones como la Productora Nueva Imagen, vinculada a la producción de “Teleanálisis”, primer grupo que utilizó el video como herramienta de comunicación y difusión alternativa, y donde destacó la participación del reconocido periodista Augusto Góngora, entre otros: “Teleanálisis realizó ‘pantallazos’ en sitios públicos e instaló canales comunitarios, llegando a constituir verdaderos circuitos de difusión contrahegemónicos frente a las imágenes emitidas por el gobierno militar y a la férrea censura impuesta a los medios masivos, desde 1983. En 1988 participó además, en la parte audiovisual apoyando la ‘campaña del NO’, en el plebiscito de ese año”²⁰. Algunos de esos académicos que produjeron esos nuevos tipos de saberes se reunieron en Arcis, la cual a partir de 1990 se convierte en Universidad, cuyo primer rector fue el periodista Luis Torres Acuña²¹.

Así, recién retornada la democracia y con un lento proceso de reapertura de las universidades tradicionales a estos intelectuales que habían ocupado espacios en las ONGs que hicieron oposición política y académica a la dictadura, ARCIS fue sin lugar a dudas un proyecto académico que venía a instalarse como alternativa a las universidades privadas que representaban los intereses de la derecha económica y política, y que tenía la declarada pretensión de producir saberes distintos al de las universidades tradicionales, representadas como lentos aparatajes burocráticos en donde los conocimientos allí producidos tendían a difuminarse o a refractarse.

¹⁹ Moyano, Cristina y Garcés, Mario (eds.). 2020. *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

²⁰ Lobeto, Claudio. 2001. “El movimiento de video en el Mercosur. Desafíos y perspectivas en un proceso de regionalización”, en Trejo, Roberto; Firpi, Elena y Lobeto, Claudio. *Imágenes en movimiento: el espacio audiovisual en el Mercosur*, Quito, Ediciones Abya Yala, p. 79.

²¹ 22 años a cargo del plantel, que posteriormente entró en una dura y aguda crisis económica, dado el tipo de financiamiento que rige a las universidades en Chile.

El CIS en esta década (1990-2000)

En 1990, cuando ARCIS se transformaba en Universidad, se reunieron allí importantes intelectuales como Gabriel Salazar, Nelly Richard y Tomás Moulian, críticos del proceso de transición y que habían introducidos lecturas “novedosas” dentro de las ciencias sociales y humanidades, como: “Herbert Mead, Erving Goffman, Alfred Schutz, Antonio Gramsci, Louis Althusser, Michel Foucault, Jürgen Habermas, Cornelius Castoriadis, Ernesto Laclau, Chantal Mouffé y Jacques Derridá, entre otros”²².

La red que se estructuró en torno a la creación de la carrera de sociología, cuyo primer director fue Tomás Moulian, resultó clave en la producción de las primeras narrativas más sistemáticas del malestar. Colaboraron en ese proceso intelectuales como Isabel Cassigoli, Carlos Ossandón, María Emilia Tijoux, Federico Galende, Nelly Richard y Carlos Pérez Villalobos.

La mixtura de lecturas provenientes del neomarxismo, del poscolonialismo, los estudios subalternos y del feminismo, permitieron repensar nuevas formas respecto de la ciudadanía y la democracia. En ese marco, en 1994 se creó el Centro de Investigación Social (CIS), cuyo principal objetivo era discutir y analizar la sociedad chilena. Para ello, desarrolló tres programas de investigación: Economía, Teorías Críticas y Comunicación, y Cultura. Tal como indica Claudio Ramos:

“el centro llevó a cabo una activa política de difusión. Aprovechando los lazos logrados con Lom, establecieron una línea de ciencias sociales, ‘Punto de Fuga’, dentro de la cual publicarán autores del centro, como Eduardo Santa Cruz, Carlos Pérez Soto y el mismo Moulian. Esto se sumaba a otro vínculo de la universidad con esta editorial, establecido poco antes: con la iniciativa de Galende habían montado el proyecto editorial ‘La invención y la herencia’, en la cual publicaron profesores de Arcis que venían de filosofía, como Miguel Vicuña (alumno de Derrida y Foucault), Willy Thayer, Pablo Oyarzún y otros asociados al arte, como Nelly Richard”²³.

Junto a lo anterior, formó parte de este entramado de iniciativas editoriales la publicación de la Revista InFraganti (6 números), orientada a realizar diagnósticos sobre los grandes cambios de la sociedad chilena, cuya directora fue Verónica Huerta y su comité editorial constituido por Óscar Cabezas, Carlos Pérez, Miguel Vicuña, Sergio Villalobos Ruminot, Gabriel Salazar, Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz.

En una dirección más académica, el grupo creó, en asociación con CLACSO, la revista Investigación y Crítica (9 números), que en el Nº 7 del 2001 publicó en sus páginas iniciales

²² Ramos Z., Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad*, p. 461.

²³ Ramos Z., Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad*, p. 462.

como “Manifiesto”, algunas reflexiones sobre el sentir de la intelectualidad crítica durante los años noventa. En dicho Manifiesto reflexionan que:

“Quizás el Centro de Investigaciones de la Universidad ARCIS nació extemporáneo. Siempre se trató de una apuesta en el aire. Una saga voluntaria a partir del vacío. Un desafío a los tiempos que corrían para la investigación social en el Chile de la ‘transición virtual’. Un reto a provocar materialidad, corporalidad y practicidad, a partir de la pasión cognitiva, de hacer estallar la realidad... tan mediocre en ese fin/inicio de siglo. Y creamos colectivamente varios cuerpos: la ‘mentada’ serie Punto de Fuga, Los ‘primarios’ Documentos de Trabajo, La ‘querida’ Investigación en el aula, La ‘caústica’ Infraganti, La ‘hormiguita’ Ratón de Biblioteca, El ‘agitador’ Debate Público, y la ‘formal’ Investigación y Crítica”²⁴.

Culminan el texto con un pie de página que define en parte la identidad de este intelectual que, terminada la década de los 90, se sentía en los márgenes de una academia que rápidamente había experimentado profundos cambios, tanto en sus funciones sociales y políticas, como en las formas de producción de conocimiento: “Compañeros teóricos, de más está decir que no se necesita permiso para tomarse esta licencia desde el corazón mismo de la academia. Se trata de un gesto simbólico- como cualquier manifiesto. Lo cual equivale a decir que es uno de los gestos más fatales posibles”²⁵. En dicha revista, el grupo declaraba que, a partir de 2001:

“En la nueva etapa a que nos hemos visto enfrentados, el programa busca dialogar y cruzar problemáticas en el interés de dimensionar zonas prófugas de la sociedad chilena, articulando los textos sociales, los poderes iconográficos, la sensualidad catódica de la narración massmediática y su reptar sinuoso para moverse entre el consumo, el conflicto y la condenación. Nos mueve al afán de tensionar discursos, intensificar redes y aplaudir fisuras, con el propósito de instalar un área de debate abierto y transdisciplinario para hablar lenguas disparejas con las disciplinas y los objetos. Se trata de confeccionar un campo de discusión optando por recoger los aportes significativos de un modo de pensar la cultura y la sociedad, a sabiendas de que también el sitio elegido es cuestionable en su utilidad y pertinencia, pero ese es el punto: la elección no recurre a la coartada universalista del saber verdadero y la enunciación totalizante, sino a la fragilidad de la palabra y la conciencia de reconstrucción permanente del sentido. Bajo estas premisas que nos dejan sin políticas del orden, buscamos introducir desde el programa una vieja finalidad: pensar el presente, este presente esclavo de su indefinición y su barbarie embellecida (Benjamin), tratando de

²⁴ Huerta, Verónica. 2001. “Manifiesto”, en *Investigación y Crítica. Revista del Centro de Investigaciones sociales*, Nº 7, Santiago, p. 5.

²⁵ Ídem.

responder –fragmentariamente– sólo algunas preguntas, ni siquiera las más trascendentes o heroicas, sino aquellas que nos permitan abandonar la administración de la cita, el recado del texto, la firma del acontecimiento”²⁶.

En suma, estaba presente la idea de producir conocimiento contrahegemónico desde la transdisciplina, con programas de estudios donde se pudiera avanzar en la inclusión de nuevas temáticas y actores, que de otra forma quedaban fuera de los estrictos cánones disciplinarios ya instalados en los espacios académicos tradicionales.

LOM como espacio de difusión

LOM merece una mención aparte en este entramado del mapa. Surge en 1990, en los inicios de la transición, con la “esperanza de una vida distinta” que albergaba la idea, en voz de sus fundadores,

“de que volveríamos a vivir sin miedo, que podríamos reconstruir las confianzas, que recuperaríamos la palabra y con ella la memoria cercana y lejana de nuestro quehacer social, de las luchas libradas para conquistar la paz y la democracia. Que volveríamos a recuperar una serie de derechos vulnerados, derechos ciudadanos vitalmente necesarios para rehacer el camino democrático: derechos sociales, políticos, económicos y culturales. Quienes lideraron el proceso de transición, acuñaron toda esa esperanza en la consigna “la alegría ya viene”, la que tomaba forma de promesa, que para una gran mayoría parecía que haría reconocimiento además de los dolores y a las luchas que el pueblo había librado por la conquista democrática..., alegría que unos cuantos veían con escepticismo”²⁷.

Sus fundadores fueron parte de esos escépticos y consignaron el nombre “sol” en la lengua yámana o yagana (LOM), como un gesto de “recuperar y hacer visible las huellas del olvido, donde la promesa de la ‘modernidad’ hizo caso omiso de esas culturas y esas vidas”²⁸. La metáfora del sol austral, esquivo y frecuentemente oculto en nubes borascosas, en una lengua indígena casi en extinción, venía a poner en imágenes los inicios de un proyecto en el que “Imprimir–publicar, multiplicar las ideas fueron palabras atrayentes, mágicas y, por lo mismo, desafiantes, que se transformaron en pasión y opción de vida para los gestores de esta iniciativa, quienes, además, ‘leían’ el nuevo ciclo a la luz de un ideario que ha recorrido la

²⁶ Santa Cruz, Eduardo. 2001. “Presentación”, en *Investigación y Crítica. Revista del Centro de Investigaciones sociales*, Nº 7, Santiago, pp. 7-8.

²⁷ Araya, Juan “Huellas de una trayectoria: LOM ediciones treinta años (1999-2020), párr. 1. Disponible en: <<https://lom.cl/pages/historia>>.

²⁸ *Ibidem*, párr. 3.

historia y ha estado muy presente en los tiempos de cambio hacia sociedades más democráticas, cual es el poder, la fuerza liberadora y alcance del texto escrito”²⁹.

El proyecto editorial, inicialmente familiar y al que se fueron sumando profesionales en diagramación, edición y otros, tuvo su centro neurálgico en el área de la historia, las ciencias sociales y la literatura. La colección “Sin Norte” con su serie “Punto de Fuga” publicó entre 1990 y 1999 los siguientes títulos: Doris Elter, *El sistema de AFP chileno: Injusticias del modelo* (1999); Carlos Ossandón, *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas* (1998); Hugo Fazio, *Mapa actual de la extrema riqueza en Chile* (1997); Alfredo Joignant, *El gesto y la palabra. Ritos y representaciones sociales de la construcción democrática en Chile* (1998); Hugo Fazio, *La crisis pone en jaque al neoliberalismo. Causas profundas de la recesión en Chile* (1999); Tomás Moulian, *Conversación interrumpida con Allende* (1998); Gabriel Salazar, *Autonomía, espacio y gestión. El Municipio cercenado* (1998); Olga Grau, *Discurso, género y poder* (1997). Sin duda que, dentro de este heterogéneo grupo de intelectuales que usaron el modo ensayístico para diagnosticar los malestares de la sociedad chilena y tomar posiciones sobre los límites de la transición a la democracia, existió un texto que marcó un hito editorial y político, perteneciente a la misma colección. Me refiero al libro de Tomás Moulian, *Chile Actual. Anatomía de un mito*, que salió a la venta en junio del año 1997 y que se mantuvo durante varios meses como el libro más vendido en el ranking de no ficción. Volveré sobre sus contenidos más adelante.

Revistas Crítica Cultural, Encuentro XXI y Rocinante

En otro punto de esta red de intelectuales críticos, es importante resaltar el papel que jugaron otros emprendimientos editoriales como lo fueron la *Revista de Crítica Cultural* dirigida por Nelly Richard y la fugaz, pero relevante, revista *Rocinante*.

La *Revista de Crítica Cultural* circuló entre 1990 y 2007, muy entroncada con la idea de lo que debía ser una revista, en tanto reunión de actores que quieren tomar posición y debatir sobre los sentires sociales. Compartiendo reflexiones con la revista argentina *Punto de Vista*, la chilena *Crítica Cultural* se propuso generar ensayos con “elecciones oblicuas y transdisciplinarias, donde los cruces entre literatura, artes visuales y sociología fueron fundamentales para comprender y resemantizar los códigos y lenguajes moldeados por la dictadura militar como por los imperativos de la llamada democracia de los acuerdos”³⁰. Participaban de una fuerte crítica a los modos tradicionales de la narrativa académica de las ciencias sociales, en la que la producción fáctica de datos buscaba fundamentar la gubernamentalidad del cuerpo social y propiciaron formas de escritura más libres, en las que la posición del autor fuera performática sobre la realidad, incidiendo, cuestionando, criticando la

²⁹ *Ibíd*em, párr. 4.

³⁰ Silva, Macarena. 2014. “La revista de crítica cultural y el trabajo de Nelly Richard. Estéticas transdisciplinarias y escenas de escritura”, en *Taller de letras*, Nº54, Santiago, p.169.

“desvinculación de la estética con los proyectos culturales de carácter institucional de los gobiernos concertacionistas”³¹. De allí que resaltarán que uno de sus objetivos era revincular saberes con prácticas y discursos sociales, “por medio de diálogos críticos que atacaran la no interferencia del saber oficializada a través de las universidades o desde la oficialidad gubernamental”³².

Al igual que los escritos que provenían de las colecciones emanadas del CIS-ARCIS-LOM, para los autores de *Crítica Cultural*, la democracia debía contener incertezas, aperturas de futuros, horizontes disponibles para ser construidos y deconstruidos, y no el modelo consensual de la democracia de los acuerdos, que pretendió “unificar las diferentes voces que conformaban la cultura por medio del blanqueo de la memoria y del consenso como la ‘etapa superior del olvido’”³³, uno de los planteamientos más relevantes presente en el libro de Tomás Moulian, *el Chile Actual*.

Tan relevante fue la discusión sobre la democracia como un espacio por construir, más como un horizonte conflictivo en la “nunca acabada construcción de los órdenes deseados” (parafraseando a Norbert Lechner, sobre quien volveremos más adelante), que su primer número contó con un dossier dedicado a “transición, cultura y democracia”. Escribieron allí importantes intelectuales latinoamericanos como Hugo Achugar, Julio Ortega, Nestor García Canclini y Nicolás Casullo.

En los siguientes números también podrá observarse la relevante participación de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, además de los latinoamericanistas que vivían en Estados Unidos como George Yúdice, John Beverly, Graciela Montaldo y los europeos Andreas Huyssen, Benjamín Arditti, Pierre Bourdieu, Chantal Mouffe, Jacques Derridá, Ernesto Laclau y Félix Guatari, en los que el debate sobre el fin de la modernidad y lo que aquello significaba en la constitución de las experiencias societales, cruzó las posibilidades de encuentro con la democracia y la democratización en tanto vectores de historicidad.

Entre 1990 y 2000, la *Revista de Crítica Cultural* publicó 21 números, y circularon en ella autores no solo críticos de las transiciones, sino que también fervientes defensores de la chilena como fueron Eugenio Tironi, José Joaquín Brunner, Max Colodro, entre otros, cuyas figuras son más difíciles de ubicar, como la de Manuel Antonio Garretón.

En el número 5 de julio de 1992, dedicado a “cultura, política y sociedad”, es quizás donde el debate alcanza su mayor amplitud. Publicaron en este número Nelly Richard, Manuel Antonio Garretón, Patricio Rivas, Luis Maira, Tomás Moulian, Bernardo Subercaseaux, Eugenio Tironi, Raquel Olea y Norbert Lechner. La pregunta central del número era comprender cuál era la relación que podía establecerse entre cultura y política en un contexto transicional.

³¹ *Ibíd.*, p. 170.

³² *Ídem.*

³³ Moulian, Tomás. 2002. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago, LOM ediciones, p.42.

Así, para Garretón la transformación de la cultura política latinoamericana, entendida como “la relación que se da entre Estado, sistema partidario y actores sociales en un período o sociedad determinados”³⁴, ha impactado en las formas de representación política, marcada por una tendencia a “la creciente autonomía y tensión complementaria entre ellos”³⁵. Esta relación, de acuerdo con el autor, habría entrado en crisis en la década del sesenta, pero finalmente habría sido desarticulada por las dictaduras y las políticas neoliberales, sin reemplazarla “por una nueva y coherente manera de constituirse la acción colectiva”³⁶. Para el sociólogo, la ‘transición’, por tanto, era un escenario particularmente complejo a la luz de la necesidad de encontrar “una nueva matriz de relaciones sociales entre Estado o momento de la unidad, partidos o momento de la representación y articulación, y sociedad o momento de la diversidad y la participación”³⁷. De lo contrario parecía que la fragmentación de la crítica estaba condenada a los márgenes.

Por ello, resultaba tan relevante fijar qué se entendía en esos años por una ‘política consensual’ en un sistema democrático, donde la confrontación pública y democrática de ideas, tenía que estar a la base de la fundamentación de la polis, permitiendo su expresión ‘como conflicto social, cultural y político acotado y canalizado’. Sin embargo, en 1992, “los grandes temas de la sociedad no son discutidos y son más bien objeto de veto político o religioso, que disfrazan los verdaderos conflictos en consensos aparentes”³⁸. De allí, la preocupación temprana sobre el tiempo: porque “el futuro se construye sobre cimientos de barro”³⁹, invisibilizando la conflictividad social y los problemas sociales y económicos que el modelo neoliberal ya generaba hace décadas. Esa negación, esa tendencia al no reconocimiento y la búsqueda de acuerdos para lograr una estabilidad mal comprendida, como consenso permanente, generaría problemas en el largo plazo, ya que de no existir válvulas de escape, se produciría vía reventón.

El diagnóstico, compartido en la revista por varios autores, de que el espacio de la democracia formal representativa estaba resultando estrecho, llevó al ex militante del MIR, Patricio Rivas, a indicar que la posibilidad del cambio social debía buscarse en “la rebeldía de lo social”⁴⁰, como base para la constitución de una democracia radical. Su desarrollo dependía de la generación de un nuevo discurso anticapitalista, desafiado por el irracionalismo del

³⁴ Garretón, Manuel Antonio. 1992. “Transformaciones culturales y representación política”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, p. 9.

³⁵ Ídem.

³⁶ Íbidem, p. 10.

³⁷ Ídem.

³⁸ Garretón, Manuel Antonio. 1992. “Consenso democrático y representación de los conflictos”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, p. 22

³⁹ Ídem.

⁴⁰ Rivas, Patricio. 1992. “Rebeldía de lo social y crítica anticapitalista”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, p. 12.

posmodernismo de derecha y del conservadurismo de izquierda, anclado en un “paradigma que la práctica histórica demostró agotado”⁴¹. Así, las bases de este discurso anticapitalista deberían expresarse en tres dimensiones: la autonomía de lo social, la disputa con el irracionalismo mencionado y en la capacidad de “articular modelos que ya no van a estar ligados a sistemas existentes, si no a lo que hay que idear y construir”⁴². Con todo, para el autor, a dos años de iniciada la transición, no existe de forma visible una izquierda chilena que sigue anclada en el economicismo, y no observa la emergencia de nuevos discursos anticapitalistas en América Latina⁴³.

En un tono y lenguaje distinto, Eugenio Tironi planteaba, en la misma revista, que el período era un terreno infértil para el desarrollo de la cultura, “en la medida en que la sociedad en su conjunto está centrada en lograr un acuerdo sobre el orden social, político y económico que va a sustentar la convivencia democrática”⁴⁴, por lo que frente a aquellas críticas que han señalado las restricciones del desarrollo de las prácticas culturales, es mejor no tener una política cultural.

Para Tironi, el proceso transicional no solo debía ser entendido como la restauración de los gobiernos democráticos, sino que también por la necesidad de darle sustento institucional a la democracia y al establecimiento de consensos básicos que permitan la canalización del conflicto⁴⁵, señalando que lo esencial de la transición remite a “la acción reparadora [y la] acción estabilizadora de un orden político y económico consensual [con] solidez institucional”⁴⁶, distinguiéndose de quienes señalaban que la transición se acabaría cuando se consiga la democracia plena.

El autor criticaba además los argumentos de aquellos que sostienen que la transición no se ha terminado por la continuidad de problemas sociales, como la pobreza, dado que si así fuera, en ningún país existiría la democracia plena⁴⁷. Para el autor, el fin de la transición no es el fin de los conflictos sociales, si no que “el comienzo del reconocimiento de su existencia”⁴⁸, y que esta acaba en el asentamiento de “un consenso básico, liberadas las energías ocupadas tantos años en mantener o disputar el orden de la sociedad, se abren espacios para el conflicto regulado y el cambio, para la emergencia de problemas concretos”⁴⁹.

⁴¹ *Ibíd*em, p.13.

⁴² *Ídem*.

⁴³ *Ibíd*em, p. 12-13.

⁴⁴ Tironi, Eugenio. 1992. “La cuestión del orden”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, p. 28.

⁴⁵ *Ídem*.

⁴⁶ *Ídem*.

⁴⁷ *Ídem*.

⁴⁸ *Ídem*.

⁴⁹ *Ibíd*em, 29.

Para Tironi, este régimen transicional generaba un clima de “ausencia de dramatismo de la vida democrática”⁵⁰, así como un normal distanciamiento entre la sociedad y la política, que, si bien puede incluir cierta apatía, también puede leerse como un indicador “de salud de un sistema en la medida en que la política deja de ser el eje central en torno al cual se organiza la convivencia social”⁵¹. En definitiva, el autor caracterizaba la transición por la ausencia de finalismos y observaba que una vez “terminada la constricción que llevaba consigo”⁵², puedan abrirse espacios para el desarrollo de debates culturales. Sin embargo, el 92 no era el tiempo para ello.

En una retórica distinta y escéptica, Raquel Olea, vuelve sobre el tema de los movimientos sociales, la cultura y la política, pero esta vez desde el feminismo. Resaltamos este texto, puesto que recupera el diagnóstico de un movimiento que fue clave en el retorno a la democracia, pero que se fue fracturando rápidamente, tensionado entre el ingreso al gobierno o su mantención en la sociedad civil.

Según la autora, los sectores marginados durante la dictadura, construyeron un imaginario social en torno a la democracia que contenía una fantasía en permanente producción de experiencias, como la maximización de lo plural y heterogéneo en contraposición a los espacios de censura del régimen militar. Estos espacios tuvieron como respuesta producciones estéticas, políticas y discursivas también extremadas en sus proposiciones del desborde. En estas condiciones de expresión extremada del poder patriarcal, de despliegue desbordado del autoritarismo de la razón masculina, surgiría un movimiento feminista que puede explicitar demandas específicas, donde “el cuerpo [de la] mujer se resignifica como micro-espacio de libertad de pulsiones eróticas y políticas”⁵³, anticipando una identidad aún no emergida en la sociedad chilena.

Siguiendo a la autora, el movimiento feminista “pensó ingenuamente que el fin del régimen autoritario daría lugar a sus demandas específicas, [...] [pero esto] nunca estuvo en la voluntad de los sectores concertados para instalar la democracia”⁵⁴. El orden patriarcal, que había sido sujeto de la crítica del discurso feminista, seguiría ejercitando su poder en el nuevo régimen: “La transición democrática no pondría en tela de juicio la macroideología patriarcal”⁵⁵.

Para Olea, en el primer año de transición, existieron una serie de restricciones que limitaron tanto la participación política de las feministas como de políticas hacia la mujer, donde “el

⁵⁰ Ídem.

⁵¹ Ídem.

⁵² Ídem.

⁵³ Olea, Raquel. 1992. “La redemocratización; mujer, feminismo y política”, en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, p. 30.

⁵⁴ Ídem.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 31.

cuerpo mujer se expone como espacio político de confrontación”⁵⁶. Pero estas restricciones obstruyeron la puesta en debate de temas más específicos del feminismo: aborto, divorcio, orientaciones sexuales e identidades disidentes. Hacia 1992, de acuerdo a la autora, “el cuerpo mujer, como clave de tensiones discursivas y prácticas sociales, vuelve a ocupar la escena pública [...] por la Agenda Mujer 92”⁵⁷ y el Sernam, campo donde la derecha y la Iglesia ha sembrado espacios de división en el interior del gobierno entre el socialismo seudomarxista y la democracia cristiana, instalando la idea de una supuesta crisis moral imperante⁵⁸.

La autora se preguntaba “¿Cómo compatibilizar una democracia joven, modernizada y racionalista con discursos envejecidos de mujer, sexualidad y familia que niegan reconocer prácticas sociales ya instaladas, para preservar lo caduco”⁵⁹. A su juicio, tanto izquierda como derecha mantenían “una imagen de mujer, administrada desde el poder y la ley, ya incompatible con prácticas y experiencias de un gran sector social. [...] [Por tanto, la] figura [de mujer] ingresada a nuestro imaginario desde un registro simbólico patriarcal rompe la dicotomía derecha/izquierda, para señalar la vía hacia un orden aun precariamente tocado en la cultura chilena”⁶⁰.

A modo de conclusión, Olea rescataba el signo mujer como una alternativa “semiótica que posibilita prever las obstrucciones de una democracia política que se instala acriticamente en la modernidad”⁶¹, tensionada por las concepciones de género que había catalogado como caducas, capaz de revelar la alianza entre patriarcado y modernidad.

El debate en la revista continúa, abordando la relación entre posmodernidad y transición, eje clave en el que giró la discusión durante esta primera década, apareciendo por primera vez la palabra ‘posdictadura’ (Alberto Moreiras), lo que introduce una nueva discusión sobre el tiempo histórico de las dictaduras y sus herencias posteriores. Se instala la idea de lo totalizador y la aparente pérdida de sentido de futuro, de fin de la historia, que habrían introducido las versiones conservadoras del posmodernismo, como base de un clima cultural gestado en los primeros años de la transición chilena, pero también en países que ya llevaban una experiencia de mayor desencanto. La izquierda y la discusión en torno a su rol y su imagen, fueron tema recurrente en los siguientes números, demostrando que no resultaba fácil dirimir cómo se pueden construir nuevas identidades cambiados los marcos, deslindes de un mapa que se parecía más a las representaciones medievales, en donde los bordes estaban llenos de abismos, incertidumbres y otros tantos demonios.

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Ídem.

⁵⁸ Ídem.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 32.

⁶⁰ Ídem.

⁶¹ Ídem.

En el año 1995 y también asociado a los autores que escribían en la Revista Crítica Cultural, se publicó por el Fondo de Cultura Económica, el libro de Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. La aventuras de la Modernidad en América Latina*, que parafrasea el texto de Humberto Eco, publicado en 1964 en su primera versión en italiano, en el que el filósofo chileno explora las contradicciones de la modernidad en América Latina, cuando habían desaparecido los mapas conocidos de las ideologías y donde parecía haberse renunciado a cualquier tipo de utopía. Para el autor, la dimensión de disputa por el tiempo histórico del futuro, seguía siendo clave y sustantiva para repensar el presente de forma crítica. El excesivo encanto con la transición parecía venir unido a la crisis de la historia y Hopenhayn resaltaba lo negativo que aquello podía tener para avanzar en mejores y mayores condiciones de democratización social, política, económica y cultural.

En 1997, este grupo de críticos de la transición, promocionaban un espacio de sociabilidad intelectual al alero de un programa en alianza entre Arcis, La Morada y la Revista de Crítica Cultural, titulado “Posdictadura y transición democrática: identidades sociales, prácticas culturales y lenguajes estéticos”, destinado a generar una instancia de análisis críticos sistemáticos entre política, cultura, estética y sociedad. El objetivo del programa estaba centrado en analizar los “efectos del reordenamiento y transformación de la institucionalidad política, de los lenguajes públicos y de sus redes comunicativas, de los discursos culturales”⁶², entre otras dimensiones del proceso de transición a la democracia. El programa buscó estimular los cruces transdisciplinarios entre “la filosofía contemporánea, la teoría feminista y crítica cultural, para abordar una lectura plural de las tensiones de sentido”⁶³ que ocurrían en Chile, varias de ellas iteradas del hit editorial de Tomás Moulian, *Chile Actual. Anatomía de un mito*, reseñado en noviembre de 1997 por Willy Thayer, dando forma más precisa a la cartografía de las narrativas del malestar.

Cartografía que también estuvo compuesta por una red de editoriales como lo fueron el CEDEM, Metales Pesados, Catalonia, ContraPuntos, Cuarto Propio, Dolmen, El Canelo, Punto de Vista, Glacso, Fondo de Cultura Económica, Estudios Públicos (CEP), Sur, entre otras, que muestran la difusión por donde estas críticas salieron al espacio de lo público.

Otro emprendimiento editorial, que formó parte de las cartografías del malestar fue Encuentro XXI, revista que entre 1995 y 2005 publicó 19 números, a cargo del economista Manuel Riesco, y en cuyo comité editorial se encontraban Clodomiro Almeyda, Jorge Arrate, Manuel Cabieses, Jacques Chonchol, Hugo Fazio, Carmen Hertz, entre otros. La revista estuvo vinculada al Centro de Estudios CENDA, que se mantiene vigente hasta la actualidad y cuyo director ha sido por muchos años Manuel Riesco, siendo sus principales temas de investigación:

⁶² *Revista de Crítica Cultural*, N°13, 1996, p. 64.

⁶³ Ídem.

el estudio sobre las pensiones y el sistema de AFP chileno, educación, minería, distribución del ingreso, empleo y remuneraciones, inversión, entre otras materias.

Circularon en torno a esta revista viejos militantes socialistas, ex mapus y ex comunistas, todos vinculados a la izquierda chilena, destacando las figuras de los historiadores Patricio Quiroga, Luis Moulian, Luis Corvalán, Jaime Massardo y Manuel Loyola. Otros intelectuales relevantes y que permiten establecer cruces con los escritores de Lom y la Revista de Crítica Cultural, son Hugo Fazio, Tomás Moulian, Raquel Olea, Francisco Rivas, Carlos Pérez y Jorge Arrate. Una mención importante merece Marta Harnecker, quien se mantiene como intelectual activa en los temas vinculados a la identidad y ser de izquierda, en el contexto de fines de los 90 y comienzos de los 2000.

La revista también construyó redes internacionales y configuró un comité editorial donde participaron Roberto Kohanof de Argentina, Adam Schesch de EE.UU., Rina Giolardi de Italia, Osvaldo Fernández y Michael Lowy de Francia, Ruy Mauro Marini de Brasil, Robin Blackburn de Inglaterra, Emir Sader de Brasil, Antonio Melis de Italia, Julio Carranza, Juan Valdés y Marta Harnecker de Cuba, Elvira Concheiros y Arnaldo Martínez de México, Manuel Monereo de España, Narciso Isa Conde de República Dominicana, Philip Oxhorn de Canadá y Göran Therbon de Suecia, destacados intelectuales vinculados con los debates sobre la izquierda, el comunismo y el socialismo.

En el año 1998, cuando las narrativas del malestar estaban ya visiblemente constituidas, en la revista se plantea una dura crítica a la transición. En el análisis de coyuntura con la que se abre el número del otoño y con Pinochet recién instalado en el Senado, en calidad de vitalicio, indicaron:

“En verdad es difícil una evaluación positiva del proceso de transición. Es claro que la dictadura finalizó, que en términos generales algunos derechos y libertades políticas son básicamente respetadas, que el terrorismo de Estado no es pan nuestro de cada día, pero, de eso a que se haya transitado a algo esencial y fundamentalmente distinto es, a lo menos dudoso y discutible. Un somero balance reafirma que la senaturía vitalicia de Pinochet no es un dato secundario. Es el símbolo de la victoria total del dictador. La expresión de que su proyecto se cumplió íntegramente, que nada de lo esencial ha cambiado en estos 8 años de Gobiernos de Concertación. De hecho el modelo económico permanece, la legislación laboral pro empresarial sigue casi igual, con el modelo educativo, el de la salud y el previsional sucede lo mismo; el sistema político permanece prácticamente incólume con sus poderes fácticos y paralelos intocados y su representatividad restringida, la injusticia socio-económica permanece o se ha acrecentado, los asesinos están en libertad y ni siquiera es

posible detener, después de más de un año de empeños, a un delincuente extranjero protegido del poder militar y la derecha”⁶⁴.

Más adelante, en el artículo de Hugo Fazio se describe el Chile de la transición, como un “país marcadamente dependiente y vulnerable, de una fuerte concentración de la riqueza, con una de las más malas distribuciones funcionales del ingreso a nivel mundial, fuertemente transnacionalizado y en que la presencia económica del Estado se jibariza”⁶⁵. Lo anterior generaba la urgencia de desmontar la herencia económica, sin la cual no podía haber transición a nada, acumulando malestar, desazón, y por cierto, exclusión, todos elementos que combinados generaban una inestabilidad interna, que se cubría con la política del consenso, para tratar de canalizar y contener el cauce de un descontento que ya se expresaba en movilizaciones estudiantiles y de trabajadores del carbón.

Con todo, terminando el año 1998, Pinochet había sido detenido en Londres y aquello permitió una nueva evaluación de la transición. Tal como lo planteaba el comunista Jaime Insunza:

“La detención de Pinochet en Londres puso en evidencia no solo las limitaciones de la transición sino la transición misma. Ya no hay duda, pues lo han reconocido sus propios actores, que la llamada transición es el resultado de un acuerdo que, en la práctica, negaba su calidad, es decir, no permitía ningún tránsito efectivo y reducía el proceso a una reestructuración del bloque administrador del nuevo estado construido bajo el régimen autoritario”⁶⁶.

La pregunta que recorre la revista es “¿hacia dónde se transitó?”. Para Insunza:

“La transición debió haber sido y no ha sido, el paso del dominio social y político vía fundamentalmente de la coerción –que caracterizó a la dictadura y que era la condición para el cambio estructural– al dominio vía fundamentalmente del consentimiento. Y eso, que duda cabe, no ha sido resuelto. La coerción como acto presente en reducción del campo de la política y la intervención de la sociedad civil, o la amenaza de, sigue siendo lo decisivo. No deja de ser simbólico en ese sentido que cuando los trabajadores u otros sectores, como ha ocurrido en las semanas recientes con el pueblo mapuche o los trabajadores portuarios, desarrollan acciones o amenazan con una huelga para que se reforme la patronal ley laboral, la reacción inmediata es la amenaza de aplicarles la ley de seguridad interior o la acusación

⁶⁴ Revista *Encuentro XXI*. 1998. “Análisis de coyuntura”, N°11, p. 8.

⁶⁵ Fazio, Hugo. 1998. “Sigue pendiente desmontar la herencia económica del pinochetismo”, en Revista *Encuentro XXI*, N°11, Santiago, p. 68.

⁶⁶ Insunza, Jaime. 1999. “Transición, democracia y crisis de la política”, en Revista *Encuentro XXI*, N° 15, Santiago, p. 12.

de actuar instigados por infiltrados, mientras cuando el dictador o algunos de sus adláteres desconocen una resolución de un poder del estado, amenazan, condicionan el cumplimiento de la ley, o profieren amenazas sediciosas, el gobierno considera todo normal. La verdadera discusión sobre transición, democracia, crisis de la política, tiene que ver en realidad con la democracia que se postula y se quiere”⁶⁷.

Lo más indicativo de esta transición inconclusa, refiere a la crisis de la política, convertida en actividad intrascendente, reducida a los medios, profesionalizada, con partidos como aparatos con líderes, susceptibles a la corrupción y con tendencia a los acuerdos de espalda a la sociedad civil. Una política que se separa de la vida cotidiana, donde todo se particulariza, se focaliza, se vuelve ascéptica, donde inciden los académicos bajo el cientificismo, arrabataando el espacio del foro a los ciudadanos⁶⁸.

Instalada en el centro de la cartografía del malestar, ese conjunto de ideas identificaba la crisis de la política con la transición inconclusa y, simultáneamente, se relevaban los ejes en torno a los cuales se hacía la valoración negativa de la salida a la dictadura, porque la democracia ‘soñada’ no llegaba nunca o, peor aún, desde el pacto que la originó fue siempre una ilusión. La idea del Chile Actual gatopardista, donde todo parece cambiar, para no cambiar nada, instalada en el libro de Moulian, ya se iteraba rápidamente como metáfora de la transición y sus malestares.

En otros puntos de esta cartografía de los malestares nos encontramos con la creación del proyecto que dirigió Faride Zerán, en el mismo año 98, y que fue distinguida como ‘la mejor revista cultural’ por el Círculo de Críticos de Arte de Chile y la más “destacada por su contribución a la cultura y la difusión de los libros, según la Sociedad de Escritores de Chile; o bien la revista más leída en el Gran Santiago, de acuerdo con una encuesta IPSO Search Marketing –con 4,5 lectores por ejemplar–”⁶⁹.

En Rocinante se explicitaron con fuerza varios de los malestares políticos que venían desarrollando los intelectuales críticos de la transición, pero también las respuestas de quienes, desde la vereda de la defensa de la misma, pudieron expresar sus propias miradas. En ese sentido la revista registró el intenso debate que se generó entre Tomás Moulian y José Joaquín Brunner, a propósito del libro de este último, titulado *Globalización cultural y modernidad*, editado por el Fondo de Cultura Económica. A su vez, permite delinear los otros contornos de esta cartografía, abierta también a la polémica que condensó el informe del PNUD publicado

⁶⁷ Ídem, p. 14.

⁶⁸ Ibídem, p. 16.

⁶⁹ El Mostrador. 2020. “El Cierre De Rocinante”, en *El Mostrador*, párr. 6. Disponible en: <<https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2005/10/08/el-cierre-de-rocinante/>>.

en el año 1998 y que vino a poner en manos de una destacada y renombrada organización internacional, el malestar como tema de fondo de la sociedad chilena.

Debates centrales del malestar: tres ensayos

Hasta aquí ha sido delineada parte de la cartografía. Ahora nos concentraremos en uno de los debates del malestar, a través de tres textos emblemáticos: *El Chile Actual. Anatomía de un mito* de Tomás Moulian; el informe del PNUD de 1998 y, por último, el ensayo del historiador Alfredo Jocelyn Holt, titulado *El Chile Perplejo*, del avanzar sin transar, al transar sin parar. El orden no es aleatorio y marca las jerarquías o relevancias que tuvieron en la postrimería de la década del 90, estos tres textos, como ejemplos de las narrativas del malestar.

“*El Chile Actual*” recibió el premio Municipal de Literatura y el Premio Consejo del Libro como mejor ensayo. Internacionalmente, se le concede en Chicago el premio Iberoamericano de la Latin American Studies Association (LASA), como el más destacado en humanidades y ciencias sociales. Las escrituras de Moulian desde fines de los 80 y particularmente durante los 90, venían sosteniendo una crítica sustancial al camino político que tomaba la transición y, específicamente, al pragmatismo que parecía reinar como soporte de los acuerdos que, entendía, debían generarse para derrotar a la dictadura bajo sus propias normas. Según Claudio Ramos:

“[La Anatomía de un Mito] fue una crítica radical y total [...] ametrallando con sus cuestionamientos: la transición ha sido impuesta por la dictadura; nada ha cambiado; ha ocurrido una banalización de la política y una despolitización de la población; la izquierda se encuentra atrapada en las redes del consenso; se ha producido el bloqueo de la memoria; ha tomado forma un gran engaño; la masificación del consumo disciplina y despolitiza a los ciudadanos. Es un texto de tono retóricamente superlativo, que condena acerbamente a la izquierda concertacionista, la cual, según Moulian, aceptó la necesidad de reproducir el sistema, con ajustes mínimos, aduciendo que no había alternativa, aceptando una democracia protegida, una verdadera “jaula de hierro”, transformándose así en la administradora del sistema. Con ello, el modelo heredado de la dictadura resultaba robustecido por la legitimidad democrática”⁷⁰.

En este libro, Moulian cuestiona la idea del mito de la ejemplaridad de la transición chilena, indicando que las elites concertacionistas optaron por una versión procedimental y no sustantiva de la democracia, reinterpretando el plebiscito como la única opción posible que asegurara un tránsito pacífico, gobernabilidad y reconciliación. Para el autor, el triunfo del NO, fue más una derrota que una victoria, porque en dicho acto se transaron cuestiones

⁷⁰ Ramos, Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad*, p. 477.

fundamentales para la posibilidad de historia, como potencia abierta, como historicidad: la estabilidad, el carácter pacífico, cambios políticos acotados y cambios socioeconómicos marginales⁷¹. En suma “los supuestos triunfadores se habrían convertido en “guardianes efectivos de un orden social que no deseaban”⁷².

Según Moulian, “La coalición ganadora se ha transformado en propagandista de los principios de la economía de mercado, maquillada con el toque de equidad conseguida por políticas públicas que pertenecen a la misma matriz que las del régimen anterior”⁷³, las que atizadas con una cultura cotidiana consumista y una democracia desmovilizadora, no logra poner en cuestionamiento el centro del modelo neoliberal, renunciando con ello a la antigua noción de historicidad, transformados en promotores de la continuidad.

Para el sociólogo, el Chile Actual, nacido de las entrañas de la dictadura, constituye una entelequia ‘gatopardista’, donde parece que algo cambió, para mantener todo igual. En este sentido:

“El secreto es que su superficie es calma porque una de las principales operaciones estratégicas del Estado neoliberal ha sido la de debilitar la política. Una de las operaciones destacadas es la creación de un imaginario estadio de modernidad triunfal que ha engolosinado a las capas políticas dirigentes, creando un consensualismo que atenúa las diferencias sobre el futuro, por tanto sobre la dirección y el destino, limitando la esfera de las discrepancias al pasado”⁷⁴.

Así el tiempo histórico de la transición se corresponde a un ‘momentum extendido’, un presente donde todo se consume para no dejar rastros ni señales de identidad, donde el conflicto evita la potencia de cambios, donde no hay horizonte posible más que la mantención de una maquinaria que reproduce permanentemente el mismo orden social. En el Chile Actual habitan los ciudadanos ‘credit-card’, metáfora rápidamente acuñada por distintos actores políticos de oposición a la Concertación, en la que predominaba la idea de sujetos que se insertan en el sistema económico mediante la promesa de un consumo, que los ata a la mantención del orden, so pena de no poder mantener los compromisos financieros para seguir haciendo rodar la rueda del endeudamiento, del disciplinamiento y del conformismo.

Esa crítica rotunda y sustantiva, recogía las experiencias cotidianas de los sectores medios y sus aspiraciones de inserción en una modernidad que antaño les había estado vetada y que se promovía bajo los logos de la “libertad”, el “emprendimiento” y “el esfuerzo personal”. Según Ramos, “Las repercusiones de Anatomía de un mito fueron, antes que académicas, primaria y

⁷¹ Moulian, Tomás. 2002. *Chile Actual. Anatomía de un mito*, p.50.

⁷² *Ibíd*em, p. 51.

⁷³ *Ibíd*em, p.58.

⁷⁴ *Ibíd*em, p.51.

fundamentalmente políticas. Fue una obra que remeció el ambiente, que avivó una crítica que había estado aletargada o que no tenía presencia en la esfera pública. Su libro puso los cuestionamientos en el primer plano de la política y, con ello, hizo emerger la figura de Moulian, proclamado como gran intelectual crítico, por voces de muy diferentes procedencias”⁷⁵.

La escritura de este texto vino a complementarse con otra narrativa, nacida de un historiador autodefinido como de una ‘derecha liberal inexistente en Chile’, quien en 1998 publicaba una incisiva crítica a la transición chilena. Me refiero a Alfredo Jocelyn Holt, quien en su libro *El Chile perplejo*. Del avanzar sin transar al transar sin parar de la editorial Planeta, expresa opiniones similares a las que ya estaban presentes en ensayos contemporáneos como los de Marco Antonio de La Parra, José Bengoa y Bernardo Subercaseaux, respecto de un presente “confuso por procesos políticos y sociales incompletos, con una sociedad no modernizada, plena de arribismo, hipocresía, conservadurismo”⁷⁶. Para el historiador, la transición chilena no se inició en 1990, sino varios años antes en el discurso de Chacarillas de 1977, desde ahí en adelante “no se ha movido un pelo, por lo que nadie puede saber siquiera si la transición se ha iniciado, o concluido”⁷⁷. Aún más incisivo, indica que Chile habría estado a caballo de varios procesos revolucionarios inconclusos iniciados con Frei Montalva en los años 60, siempre elitarios y dirigidos desde arriba, sin verdadera democracia, por lo que malamente se habría podido recuperar alguna en 1988. La historia de los últimos cuatro lustros, según Jocelyn Holt, habrían tenido siempre el contenido de la negociación, para no cambiar a los detentadores fácticos del poder: “En un par de días todos se querían subir por el chorro, y ya nadie se cachaba quiénes habían sido gobiernistas o los amigotes del alcalde...”⁷⁸. Y en seguida: “...se configura pues lo que han sido los gobiernos de la Concertación en los últimos diez años: un régimen cívico-militar que prolonga y proyecta en lo sustancial, al régimen militar...”⁷⁹.

El sarcasmo y la ironía, las múltiples metáforas usando títulos de canciones de la época de los 90, fueron un hit editorial. Menor que el de Moulian, pero significativo en el sentido que redefinía el tiempo histórico como una transición inexistente, un “transformismo” de las elites del poder, que, cansadas de la conflictividad, habían decidido retomar los caminos del diálogo y el consenso. Ese malestar recogido con las elites, con la inexistente transición, por el profundo “peso de la noche” en una ciudadanía que se dejó seducir por programas revolucionarios, al igual que por las promesas inconclusas de una modernidad a medias, fue sostenido por un texto de un cánón distinto, menos ensayístico y más académico, pero que vino a coronar con el peso

⁷⁵ Ramos, Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad*, pp. 477-478.

⁷⁶ Pinedo, Javier. 2018. *Debates intelectuales. Estudios sobre historia de las ideas, pensamientos políticos y cultura en Chile*, Santiago, Ariadna Ediciones, p. 270.

⁷⁷ Alfredo Jocelyn-Holt. *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago, Ed. Planeta, 1998, p. 12.

⁷⁸ *Ibidem*, p.81.

⁷⁹ *Ibidem*, p.63.

de la performatividad del lenguaje experto, el malestar instalado en la sociedad chilena. Ese fue el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD, que bajo el liderazgo académico de Norbert Lechner, fue coordinado ejecutivamente por Pedro Guell y en el que participaron como consultores Rodrigo Aguirre, Vicente Espinoza, Javier Martínez, Pedro Milos, Domingo Asún, Hugo Frühling, Oscar Mac Clure, Juan Enrique Opazo, Guillermo Sunkel, José Bengoa, Mariana Schkolnik, viejos estandartes en las ciencias sociales producidas bajo el contexto dictatorial, participantes activos del proceso de renovación del socialismo, algunos militantes de los partidos de la Concertación y otros más desencantados con la experiencia de la transición. En este informe se destacaba que:

“Los datos empíricos levantados y analizados en este Informe revelan avances importantes en el desarrollo chileno, junto a grados más o menos significativos de desconfianza, tanto en las relaciones interpersonales como en las relaciones de los sujetos con los sistemas de salud, previsión, educación y trabajo. El malestar que se observa hace pensar que los mecanismos de seguridad que ofrece el actual ‘modelo de modernización’ resultan insuficientes o ineficientes. Resumiendo el diagnóstico: la Seguridad Humana en Chile, más allá de los considerables éxitos obtenidos, no tendría un nivel satisfactorio y, además, ella se encontraría distribuida de manera desigual”⁸⁰.

Los intelectuales reunidos en el informe se preguntaron dónde estaba el origen de ese malestar, concluyendo que:

“En el caso chileno, podría argumentarse que la supremacía del cuadrante referido a la modernización de los sistemas, en especial de la economía, estaría provocando desconexiones y asintonías entre todos los cuadrantes, afectando sobre todo a la subjetividad individual y colectiva. La hipótesis central de este Informe plantea que esas asintonías pueden conformar un malestar social que atente contra las posibilidades de mejorar la Seguridad y el Desarrollo Humano en Chile”⁸¹.

Estas desconexiones se expresarían en “el miedo al otro” y en una extendida sensación de inseguridad que vulneraría las subjetividades colectivas. Es por ello, que enfatizan en que:

“El malestar antes mencionado no configura una inseguridad activa, expresada en protestas colectivas. Es un malestar difuso (y quizás confuso por el hecho mismo de no vislumbrar un motivo). No por ello debe ser descartado como una insatisfacción propia de la naturaleza humana. *El malestar puede engendrar una desafiliación afectiva y motivacional que, en un*

⁸⁰ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). 1998. *Desarrollo Humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*, Santiago, PNUD, p. 15.

⁸¹ *Ibidem*, p. 18.

contexto crítico, termina por socavar el orden social (El destacado es nuestro). Además, y por sobre todo, el malestar señala que la Seguridad Humana en Chile puede ser menos satisfactoria de lo que muestran los indicadores macrosociales”⁸².

Así, el malestar contendría temores, desconfianzas a las instituciones y su capacidad de lograr la integración social. En 1998, el PNUD establecía que el problema más grave de este malestar y los miedos radicaban en el sistema de previsión social que tenía el país, lo que más tarde enarbolara en masivas marchas el movimiento “No + AFP”, desnudando los temores a la pobreza y a la exclusión social durante la vejez. Según Claudio Ramos,

“El IDH de 1998 es generalizadamente visto como un hito significativo, y una amplia mayoría coincide en señalarlo como el que provocó más impacto, el que resultó más interpellante, y que generó mayor controversia. Se lo ve como el que plantea el enfoque, que los siguientes informes seguirán desarrollando. Su argumento básico es también el más recordado y comentado. ‘Es el informe más fuerte en términos de propuesta explicativa, interpretativa y como esquema analítico’”⁸³.

Los otros puntos de la cartografía

El informe del PNUD del 98, el que izó con fuerza la idea del malestar, permite junto a los otros textos y autores mencionados, cartografiar ese conjunto de narrativas que muestran que la primera década de la transición, estuvo lejos de ser una época desprovista de debates. De hecho, para que esta cartografía pueda quedar medianamente dibujada, faltan aquellos actores que se posicionaron en la vereda de defensa de la “modernidad transicional”. Según Pinedo, el informe:

“levantó una amplia polémica que se encuentra contenida en el texto *El debate de la Concertación*, que contiene entre otros los artículos de Norbert Lechner, «Nuestros miedos»; José Joaquín Brunner, «Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?»; Norbert Lechner, «Carta a José Joaquín Brunner en respuesta a ‘Malestar en la sociedad chilena’ », Eugenio Ortega, «¿Estamos obligados a construir una sociedad del malestar?»; Carlos Huneeus, «Malestar y desencanto en Chile: legados del autoritarismo y costos de la transición»; Eugenio Tironi, «El desaliento», «Contradicción vital», «Neo-conservadores»; José Joaquín Brunner, «Apuntes sobre el malestar frente a la

⁸² *Ibíd*em, p.24. El destacado es nuestro.

⁸³ Ramos, Claudio (coord.). 2006. *El impacto de los informes de Desarrollo Humano del PNUD en Chile*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, p. 8. Disponible en: <http://sociologia.uahurtado.cl/wp-content/uploads/2012/01/C.Ramos_IMPACTO_PNUD_EN_CHILE.pdf>.

modernidad»; cada uno de ellos con reflexiones sobre el malestar, lo que prueba la importancia que fue adquiriendo el problema”⁸⁴.

Para cerrar esta exposición, me centraré en dos textos importantes que disputaron la idea del malestar. El primero de ellos es el ensayo de José Joaquín Brunner, publicado en el influyente centro del pensamiento de la derecha chilena, el Centro de Estudios Públicos, en su número 72 de la primavera de 1998, titulado *Malestar en la sociedad chilena: ¿De qué, exactamente, estamos hablando?*” y el libro de Eugenio Tironi, *La irrupción de las masas y el malestar de las elites* (1999). Por cierto, la cartografía estaría más completa si continuara con las publicaciones que registró Rocinante durante el año 98 y hasta el 2000, pero consideramos que en ese bienio este debate se cristalizó más políticamente en actores orgánicos tradicionales, particularmente al interior de la Concertación, a partir de la conocida controversia entre autoflagelantes y autocomplacientes.

Para Brunner las narrativas del malestar tienen un trasfondo común: “buscan incidir en el debate político del día y marcar los rumbos del futuro. De allí la importancia de proceder con el mayor rigor posible frente a este tópico”⁸⁵. Reconoce, por tanto, que en el debate sobre la transición y la modernidad se aloja una discusión sobre el tiempo histórico y por ende, sobre cómo se ordenan, se cronologizan y se comprende la propia sociedad. De acuerdo a lo señalado por el autor, las causas del malestar, según los intelectuales que lo “enunciaron”, estarían en “i) un modelo de desarrollo que multiplica las desigualdades; ii) en políticas de sesgo neoliberal que favorecen una mercantilización de los bienes públicos esenciales; iii) en la frustración provocada por los límites del proceso de transición hacia la democracia y iv) en los avances de una cultura de la modernidad que fomentaría el individualismo, la desconfianza, el consumismo y la pérdida de los valores nobles”⁸⁶.

Estos intelectuales, o intelligentsia lúcida como les llama, actúan como reveladores al pueblo de su “difuso malestar”, porque tal situación no se correspondería con los indicadores de crecimiento económico y de mejoramiento de las condiciones de vida. De allí que, según el autor, “no hay signos demostrativos de ningún tipo de descontento generalizado; más bien, la sociedad chilena muestra, durante los últimos ocho años, bajos grados de conflictividad social, una temperatura ideológico-cultural fría o moderada, una fuerte propensión a mantener sus equilibrios básicos, un clima de dedicación casi obsesivo al trabajo y un escaso espíritu de protesta”⁸⁷. Por eso, estos intelectuales acusarían a quienes no ven el malestar, como autocomplacientes, retrucando que el “argumento, clásicamente lukacsiano, hace rato que

⁸⁴ Pinedo, Javier. 2018. *Debates intelectuales*, p. 282.

⁸⁵ Brunner, José Joaquín. 1998. “Malestar en la sociedad chilena: ¿De qué, exactamente, estamos hablando?”, en *Estudios Públicos*, N° 72, Santiago, Centro de Estudios Públicos, p. 176.

⁸⁶ Ídem.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 176-177.

perdió su encanto y que dejó de mostrarse operativo. De modo que en ese terreno —el de la conciencia social y el análisis de los estados de ánimo de la población— las cosas no siempre resultan ser como predicen nuestros esquemas de análisis y, de habitual, terminan siendo más complicadas de lo que estamos dispuestos a admitir. Me temo que a la tesis del malestar le ocurre algo semejante”⁸⁸.

En suma, para este férreo defensor de la transición y sus logros, “el discurso de los malestares frente al desarrollo, la modernización y la modernidad se funda en una visión ideológicamente neoconservadora que, de sorpresa, se ha introducido en algunos círculos del pensamiento progresista chileno”⁸⁹. Dicha conclusión es coincidente con las reflexiones de otro de los sociólogos que retruca la tesis del malestar, el ex Director de Comunicaciones del primer gobierno de la Concertación y reconvertido en consultor privado y frecuente columnista de El Mercurio, Eugenio Tironi.

Para Tironi el malestar y la crisis es un clima construido por los intelectuales, particularmente aquellos que lo requieren para poder redefinirse como tales, para buscar los sentidos de su identidad. Es un malestar en esas elites y no en la “gente común”. Indica que “con todo lo que pueda tener de trivial y hasta de miserable, la normalidad es mil veces preferible al estado de crisis permanente. Lo es porque favorece el protagonismo de la gente ordinaria, con todo lo noble e innoble que ello envuelve”⁹⁰. Las elites intelectuales prefieren los tiempos de crisis porque “la vida es simplemente devorada por el activismo. Las causas colectivas lo invaden y uniforman todo. Se producen muchas obras, pero generalmente están contaminadas por la contingencia y después no resisten el paso del tiempo. Las cosas más perdurables son creadas en el silencio de la normalidad”⁹¹.

Lo que se negarían a ver los “rocinantes del malestar”, o “profetas del apocalipsis”, como los denomina, es que la verdadera transición ha sido hacia la “normalidad”, “caracterizada por la disminución en el interés en la política, en los macros-conflictos, y el surgimiento, en cambio, de micros-conflictos sectoriales e individuales. Una normalidad que era urgente de aceptar, “porque a la gente ordinaria no le gusta vivir en transición”⁹². “Hasta 1998, antes de la crisis asiática y de la detención de Pinochet, cualquier observador desapasionado habría concluido que las cosas en Chile marchaban bien”⁹³. El malestar era una construcción artificiosa, de algunos que no lograban articular nuevos sentidos a sus vidas y que, en ausencia de proyectos globales, quedaron huérfanos y desorientados. Su principal preocupación era la desafección

⁸⁸ *Ibidem*, p. 178.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 174.

⁹⁰ Tironi, Eugenio. 1999. *La irrupción de las masas*, p.130.

⁹¹ *Ídem*.

⁹² *Ibidem*, p. 132.

⁹³ *Ibidem*, p. 129.

que se amplificaba en las elites hacia la importante construcción de la “transición a la normalidad”, “porque si prevalecen el diletantismo y la vacilación, bien podría ocurrir que en un futuro cercano estemos añorando –en la placidez que siempre produce el estancamiento– aquellos tiempos en que, aunque estresados, discutíamos acerca de los malestares de un proceso de crecimiento que dejamos escapar”⁹⁴.

Conclusiones

Intentar trazar una cartografía a mano alzada resulta siempre un ejercicio complejo. Hacerlo desde el malestar implicará siempre que su centro desdibuje los márgenes, que los defensores del modelo transicional aparezcan como los no hegemónicos, lo cual puede conducir a errores. Hemos realizado esta opción por tres razones académicas. La primera de ellas, debatir la tesis de una década, la de los noventa, como una exenta de conflictos políticos, donde reinó el consenso y se despolitizó la sociedad. Lo que viene a demostrar esta cartografía es que existió una intensa red de debates, autores, no solo chilenos, sino que transnacional, que debatió sobre la política en un contexto neoliberal y particularmente lo que significaba ser de izquierda en un contexto del fin de los socialismos reales, democracias recuperadas con el miedo del retroceso democrático y donde la posmodernidad ingresaba como promesa intelectual, sin que la modernidad haya terminado de cumplir las propias del progreso, la igualdad, la libertad y todo aquello que originaron los debates de varios siglos de una forma particular de entender el mundo mediante la razón.

La segunda razón, busca trazar una genealogía de debates que fueron críticos de la transición y que varios años más tarde configuraron un corpus de argumentos iterados por movimientos sociales, que veían en el este tiempo histórico, una continuidad con la dictadura, una extensión de promesas incumplidas y sueños rotos, que alimentaría las demandas y les entregaría un relato omnicomprendivo donde instalar malestares particulares.

La tercera razón, era demostrar que esas narrativas del malestar no fueron del todo marginales, sino que cruzaron mares, montañas y también espacios ideológicos. Las recogió el Centro de Estudios Públicos, uno de los principales centros de estudio de la derecha, donde recibieron tribuna aquellos que hicieron su defensa.

Así, esta cartografía de las narrativas del malestar, junto con desafiar la tesis de los 90 como una década perdida, la sitúa como un período de emergencia de nuevos discursos, que no se conectan con la dictadura, sino que directamente con los enclaves que esta dejó y que se experimentan de otra forma, de forma transicional. Junto a ello, sitúa a los autores, las principales editoriales donde circularon esos malestares, los soportes revisteriles y las redes

⁹⁴ *Ibidem*, p. 142.

que cruzaron ese malestar que eclosiona con fuerza a fines de la década. Lo que viene después, tendrá un carácter distinto y merece un artículo complementemente nuevo.

Referencias citadas

- Araya, Juan. 2000. "Huellas de una trayectoria: LOM ediciones treinta años (1999-2020)". Disponible en: <https://lom.cl/pages/historia> (consultado el 23 de mayo 2020).
- Brunner, José Joaquín. 1998. "Malestar en la sociedad chilena: ¿De qué, exactamente, estamos hablando?", en *Estudios Públicos*, N° 72, Santiago, Centro de Estudios Públicos, pp. 173-198.
- Casullo, Nicolás. 1990. "Fronteras disciplinarias y relatos de fronteras. El centinela y la prostituta. La poética en los subsuelos de la palabra", en *Revista de Crítica Cultural*, N°1, Santiago, p. 2-5.
- Darnton, Robert. 2008. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Zerán, Faride. 2005. "El Cierre De Rocinante", en *El Mostrador*, párr. 6. Disponible en: <https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2005/10/08/el-cierre-de-rocinante/> (consultado el 15 de abril 2020).
- Fazio, Hugo. 1998. "Sigue pendiente desmontar la herencia económica del pinochetismo", en *Revista Encuentro XXI*, N°11, Santiago, pp. 68-75.
- Garretón, Manuel Antonio. 1992. "Consenso democrático y representación de los conflictos", en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, pp. 21-22.
- Garretón, Manuel Antonio. 1992. "Transformaciones culturales y representación política", en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, pp. 9-10.
- Guell, Pedro. 2009. "En Chile el futuro se hizo pasado: ¿Y ahora cuál futuro?", en VV.AA, *El Chile que viene. De dónde venimos, Dónde estamos y a dónde vamos*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, pp.17-38.
- Hopenhayn, Martin. 1995. *Ni apocalípticos ni integrados. Las aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- Huerta, Verónica. 2001. "Manifiesto", en *Investigación y Crítica. Revista del Centro de Investigaciones sociales*, N° 7, Santiago, p. 5.
- Insunza, Jaime. 1999. "Transición, democracia y crisis de la política", en *Revista Encuentro XXI*, N° 15, Santiago, pp. 12-20.
- Jocelyn Holt, Alfredo. 1998. *El Chile perplejo. De avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago, Planeta.
- Lobeto, Claudio. 2001. "El movimiento de video en el Mercosur. Desafíos y perspectivas en un proceso de regionalización", en Trejo O., Roberto, Firpi C., Elena y Lobeto, Claudio, *Imágenes en movimiento: el espacio audiovisual en el Mercosur*, Quito, Ediciones Abya Yala, pp. 69-96.
- Moulian, Tomás. 2002. *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Santiago, LOM Ediciones.
- Moyano, Cristina y Garcés, Mario. 2020. *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

- Olea, Raquel. 1992. "La redemocratización; mujer, feminismo y política", en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, p. 30-32.
- Pinedo, Javier. 2018. *Debates intelectuales. Estudios sobre historia de las ideas, pensamientos políticos y cultura en Chile*, Santiago, Ariadna Ediciones.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). 1998. *Desarrollo Humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*, Santiago, PNUD.
- Ramos Z., Claudio (coord.). 2006. *El impacto de los informes de Desarrollo Humano del PNUD en Chile*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado. Disponible en: http://sociologia.uahurtado.cl/wp-content/uploads/2012/01/C.Ramos_IMPACTO_PNUD_EN_CHILE.pdf. (consultado el 11 de mayo 2020).
- Ramos Z., Claudio. 2014. "Datos y relatos de la ciencia social como componentes de la producción de realidad social", en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, N° 66, vol. 21, septiembre-diciembre, México, pp. 151-177.
- Ramos Z., Claudio. 2020. *Relatos sociológicos y sociedad. Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: obra, redes de producción y efectos (1965-2018)*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Rivas, Patricio. 1992. "Rebeldía de lo social y crítica anticapitalista", en *Revista de Crítica Cultural*, N° 5, Santiago, pp. 12-13.
- Santa Cruz, Eduardo. 2001. "Presentación", en *Investigación y Crítica. Revista del Centro de Investigaciones sociales*, Santiago, N° 7, pp. 7-8.
- Sarlo, Beatriz. 1990. "¿Qué cambios trajo para nosotros la democracia?", en *Revista de Crítica Cultural*, N°1, Santiago, pp. 16-17.
- Silva, Macarena. 2014. "La revista de crítica cultural y el trabajo de Nelly Richard. Estéticas transdisciplinarias y escenas de escritura", en *Taller de letras*, N°54, Santiago, pp. 167-180.
- Tironi, Eugenio. 1992. "La cuestión del orden", en *Revista de Crítica Cultural*, N°5, Santiago, pp. 28-29.
- Tironi, Eugenio. 1999. *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*, Santiago, Grijalbo.